

El periodismo, un convidado de piedra en el sistema de pesos y contrapesos

—» DANIEL MAZZONE

Uruguayo. Magíster en Periodismo (Universidad de San Andrés, Buenos Aires). Coordinador académico de Periodismo y catedrático de Periodismo Digital en Universidad ORT Uruguay. Fue editor en los diarios *La República*, *El Día*, *El Observador* y *El País*, en Montevideo.

La discusión sobre el peso de los medios en los procesos constitutivos de la sociedad moderna todavía reclama una centralidad no suficientemente reconocida. La historia no es tan larga —los diarios generalistas datan, con alguna excepción, del siglo XIX— y podría contribuir a comprender mejor la histórica tensión entre la política y el periodismo. Este artículo pretende situar en proceso esa relación, desde los tiempos del equívoco *cuarto poder* a las teorías de la influencia con su epítome en el *agenda setting*, hasta la actualidad en que la evidencia permite pensar al periodismo como contrapeso del poder. El texto se detiene en los casos

emblemáticos de Dreyfus y Snowden, cuya separación en más de un siglo contribuye a establecer ese papel en la larga duración. El sistema de pesos y contrapesos que debemos a Montesquieu, con antecedentes en Aristóteles, se pensó para la mejor administración del poder, sin los medios. Una mirada retrospectiva podría concluir que necesariamente convergerían en algún punto del siempre extraño camino de la historia.

Los medios, esos recién llegados

El origen político de los papeles de noticias

Toda vez que los procesos tecnológicos sacuden los goznes de las estructuras sociales, sobrevienen períodos de confusión. Máxime si se habla de comunicación, en particular de periodismo, una profesión sobre la que planean demasiados lugares comunes y cierta incompreensión teñida de condescendencia cuando se la observa desde y en relación con la política.

Obviamente la tradición del pensamiento político hunde sus raíces en la antigüedad; el propio Montesquieu, en el siglo xvii, cita reiteradamente a Aristóteles en su clásico *Del espíritu de las leyes*. La actividad política está legitimada desde siempre.

El periodismo, en cambio, comenzó a pensarse en el siglo xx y debió ganarse el espacio que la política no le ha concedido fácilmente. La propia sociedad contemporánea, que legitima el papel de los periodistas, no es todavía del todo consciente de esa dación.

Ese contacto tenso, por momentos ríspido y con frecuencia conflictivo, es el objeto de este artículo, que junto a los argumentos propondrá algunos hitos de un proceso relativamente reciente.

Para John Thompson, «el desarrollo de los medios de comunicación —desde las primeras formas de impresión hasta los recientes tipos de comunicación electrónica— constituye una parte integral de las sociedades modernas». No obstante, se los ha reducido a meros vehículos de transmisión informativa, sin captar que desde el comienzo se involucraron «de manera compleja con un determinado número de procesos de desarrollo paralelos que, tomados conjuntamente, constituyeron lo que hemos convenido en llamar la “modernidad”».

A cuenta de la comunicación mediática —desde sus comienzos— deberíamos anotar «la creación de nuevas formas de acción e interacción en la sociedad, nuevos tipos de relaciones sociales y nuevas maneras de relacionarse con los otros y con uno mismo» (Thompson, 1998, pp. 15-17).

El entrelazamiento interactivo entre medios y política proviene pues de la conformación inicial del ecosistema industrial de medios, constituido con base en los diarios generalistas que se montaron sobre dos lógicas gestadas por separado y que a mediados del siglo XIX llegaron a converger: la lógica política y la lógica comercial.

Eliseo Verón destaca que «los papeles de noticias fueron desde su origen, directa y explícitamente, instrumentos de los actores políticos. [...] En la Revolución francesa se produjo una verdadera explosión: en París se lanzaron 184 nuevos papeles de noticias en 1789 y 335 en 1790». En cuanto a los Estados Unidos,

[...] es mucho menos sabido (fuera de un pequeño círculo de especialistas de la historia) que los periodistas en una época fueron políticos, y que algunos de ellos se contaron entre los más prominentes candidatos, funcionarios y operadores de los partidos de la Nación [...]. Durante la mayor parte del siglo XIX, las facciones partidarias lucharon furiosamente por controlar los papeles de noticias claves. (Verón, 2011, pp. 298-299)

La lógica comercial fue inaugurada por *La Presse*, de Emile de Girardin, un pionero de la venta de espacios para publicidad en los medios gráficos, desde 1836.

Primera referencia: cuidarse de quienes pueden proscribir

En la tesis doctoral del alemán Tobías Peucer (Universidad de Leipzig, 1690), que suele tomarse como uno de los primeros antecedentes académicos, ya se establecen criterios con énfasis en las cautelas a observar cuando se produjera información independiente del poder.

Peucer advertía como precaución a los redactores de los periódicos «no propalar indiscriminadamente noticias de los soberanos que no quieren que se divulguen (ya que) es peligroso escribir de quienes pueden proscribir (y) rara vez, además, se cuenta la historia verdadera de los monarcas mientras están en vida». (Barrera et al., 2004, pp. 72-73).

Claro, si el poder era brutal en el siglo XVII, tampoco los noteros eran muy confiables:

Los relatos noticiosos (referían a) reyes y aristócratas, batallas, acontecimientos de las cortes y catástrofes, pero también sobre asesinatos y asuntos públicos y sorprendentes (milagros, hechicería, nacimien-

tos de animales extraños). Muchas de las noticias eran descaradamente falsas, y abusaban de la credulidad de una población poco instruida, supersticiosa y profundamente religiosa. (Souza, 2004, pp. 31-47)

En el siglo xvii no había ciudades dinámicas, ni transportes veloces y, sobre todo, nadie había probado, todavía, que la provisión de noticias podía ser una actividad rentable en la que valía la pena arriesgar tiempo y recursos materiales. Por eso no es de extrañar que sesenta años después de que el Dr. Peucer publicara su tesis doctoral, cuando Montesquieu hizo lo propio con su clásico *Del espíritu de las leyes* (1748), y en el libro xi, capítulo vi establece los frenos y contrapesos de los poderes entre sí, no hubiera mención alguna a la forma en que circulaba la información. Y cuando menciona a los ciudadanos, establece taxativamente que su única participación es elegir a sus representantes, sin traspasar la línea y pretender intervenir en el ejercicio del gobierno, porque para lo único que están capacitados, dice, es para juzgar la competencia de quienes los habrán de representar.

Hay en cada Estado tres clases de poderes: el poder legislativo, el poder ejecutivo de los asuntos que dependen del derecho de gentes y el poder ejecutivo de los que dependen del derecho civil —señala Montesquieu— [...] todo estaría perdido si el mismo hombre, el mismo cuerpo de personas principales, de los nobles o del pueblo, ejerciera los tres poderes: el de hacer las leyes, el de ejecutar las resoluciones públicas y el de juzgar los delitos o las diferencias entre particulares.

[...] He aquí, pues, la constitución fundamental del Gobierno al que nos referimos: el cuerpo legislativo está compuesto en dos partes, cada una de las cuales tendrá sujeta a la otra por su mutua facultad de impedir, y ambas estarán frenadas por el poder ejecutivo que lo estará a su vez por el legislativo. (Montesquieu, 1987, p. 121)

Con la primera revolución industrial en curso, en 1748 aún estaba en ciernes la urbanización radical que condujo a las ciudades industriales en el siglo xix; no había por tanto papeles impresos diarios. La maduración llegó con el modelo *La Presse*, primer diario en vender espacio gráfico para avisos comerciales. Fue el modelo para los diarios de grandes tiradas; *El Día* «a vintén», en Montevideo, data de 1886. Pero

» En el siglo xvii no había ciudades dinámicas, ni transportes veloces y, sobre todo, nadie había probado, todavía, que la provisión de noticias podía ser una actividad rentable en la que valía la pena arriesgar tiempo y recursos materiales «

ID

el hallazgo del modelo de negocio que aseguraba la continuidad no informaba por sí mismo del enorme papel que iban a jugar los diarios en la calidad del debate público. Había llegado el momento en que la sociedad demandaba la construcción decisiva del discurso de la información: la periodicidad. Para el periodismo empezaba el duro camino de desmarcarse de la política y ejercer la autonomía.

Entre la noción confusa del cuarto poder y la hipótesis de la influencia

Si las *nociones fundadoras de una visión de la comunicación como factor de integración de sociedades humanas* provienen del siglo XIX (Mattelart, 1997, p. 13), la calma de la superficie se tiene que haber agitado levemente cuando en el siglo XVIII el político británico Edmund Burke (1729-1797) dijo algo así como que «al paso que marchaban las cosas, el periodismo sería tan importante como el Parlamento». Sagaz observación, sobre la cual un siglo después otro parlamentario, Thomas B. Macaulay (1800-1859), luego famoso como historiador, pronunciaría la expresión *cuarto poder* (Hernando, 2002).

La expresión de Burke —de aceptarse esta versión— establecía una base para pensar un vínculo cuya consideración maduraría mucho después del momento en que la ocurrencia de Macaulay la desviara hacia la fuerza persuasiva del eslogan.

Aquella noción precientífica inauguraba una «representación de la omnipotencia de los medios de comunicación (que consideraba) a la audiencia como un blanco amorfo que obedece ciegamente al esquema estímulo-respuesta». A comienzos del siglo XX, la interpretación mecánica de los nuevos movimientos de *masas* conduciría a la concepción del medio como *aguja hipodérmica*, de Harold Lasswell, para «denominar el efecto o el impacto directo e indiferenciado sobre los individuos atomizados» (Mattelart, 1997, p. 28).

En la década de 1920, Walter Lippmann (1889-1974) y John Dewey (1859-1952) confrontaron en la revista *The New Republic* (fundada en 1914) sus respectivas visiones sobre la democracia. Tenían múltiples acuerdos sobre todo en lo relativo a su futuro, pero divergían en el rol que atribuían a la prensa. Dewey veía a los periodistas como docentes formadores del público; Lippmann los veía como líderes de la ciudadanía (Hermida, 2011).

El antecedente es relevante por cuanto Maxwell McCombs atribuye a Lippmann la paternidad del *agenda-setting*, ya que en su clásico de 1922, *La opinión pública*, desarrolla la tesis de que «los medios informativos, esas ventanas al inmenso mundo que queda más allá de nuestra expe-

riencia directa, determinan los mapas cognitivos que nos hacemos de él. La opinión pública, sostiene Lippmann, responde no al entorno sino a un pseudoentorno construido por los medios» (McCombs, 2006, p. 26).

McCombs se apoyó también en las investigaciones del sociólogo Paul Lazarsfeld y el encuestador Elmo Roper, quienes en 1940, sobre la base de siete tandas de entrevistas con votantes de Ohio, concluyeron que las comunicaciones de masas provocaban efectos mínimos en las opiniones individuales del público.

Sin embargo —corrige McCombs—, aquellas primeras investigaciones en ciencias sociales de los años cuarenta y cincuenta sí que hallaron abundantes pruebas de que las personas adquirirían información de los medios de comunicación, aunque eso no les hiciera cambiar de opinión. O sea: que los votantes sí que aprendían de las noticias. (McCombs, 2006, p. 28)

En 1968, Shaw y McCombs profundizaron aquellas investigaciones iniciales, cruzando dos series de pruebas y sondeos: «por un lado, una descripción de la agenda pública [...] y por el otro, una descripción de la agenda temática de los medios informativos que consumían». La investigación condujo a que los temas de la agenda mediática se transformaban con el tiempo, en los temas vistos como importantes por el público. Es decir, que el público no modifica su opinión por la información que obtiene de los medios, pero esta le indica los temas que son de por sí importantes y merecen la consideración pública. Quedaba establecido el concepto de influencia.

ID

El contrapeso del periodismo en dos casos paradigmáticos

A medida que los diarios adquirían músculo ciudadano, fueron tornándose funcionales a las necesidades sociales y menos manejables para el poder. Un punto de inflexión fue el caso *Dreyfus*, en Francia, al filo de los siglos XIX y XX. Y otro más cercano en el tiempo fue el caso *Snowden*. Semejantes y diferentes, redujeron al poder a la impotencia y ampliaron los horizontes de la democracia y el periodismo.

¡La verdad no cae del cielo!

El caso *Dreyfus* marca un momento aciago y a la vez dignificante de la cultura francesa y occidental. En 1894, el capitán Dreyfus, de 35 años —proveniente de una familia judía que emigró a París cuando Alsacia

y Lorena cayeron en poder alemán, en 1870— fue condenado a prisión perpetua, acusado de espionaje, con base en una débil y fraudulenta prueba caligráfica.

La connivencia entre poderes —lo opuesto a la teoría de pesos y contrapesos— era habitual en la Tercera República francesa. Vigente desde 1870 y más cerca de finalizar su ciclo en 1914 que de consolidar las instituciones republicanas, fue puesta en evidencia por la interpellante discursividad de Émile Zola, con la pasión intacta de sus 54 años.

Hannah Arendt argumentó con brillantez que el caso se laudó porque el gobierno francés necesitaba exhibir un país ordenado para que el mundo aceptara a París como sede de la emblemática Exposición Internacional de 1900. Pero de no haber sido por Zola, el caso *Dreyfus* difícilmente habría irrumpido con toda su potencia en la agenda pública.

Todo empezó con un encuentro casual, una tarde de noviembre de 1897, de Zola con el director de *Le Figaro*, en que coincidieron sobre el caso *Dreyfus*: «así, sin premeditación alguna, me comprometí [...] porque me resultaba imposible callar». Y en una carta de 1897, a monsieur Scheurer-Kestner, explica su tardía reacción para un caso que llevaba ya tres años:

En 1894, en el momento en que se inició el caso *Dreyfus*, yo estaba en Roma y no regresé a Francia hasta el 15 de diciembre de ese año, apenas leía los periódicos franceses. Eso explica mi ignorancia y cierta indiferencia que durante mucho tiempo me inspiró este caso. [...] En noviembre de 1897 debido a unas circunstancias que me permitieron conocer los hechos, bastaron para que mi convicción se volviera absoluta e inquebrantable. (Cyjon, 2014, p. 23)

El vínculo con *Le Figaro* fue breve, ya que el 5 de diciembre de 1897, con la tinta aún fresca del tercer artículo publicado, el propio director le comunicó que sería el último, que no continuaría publicando sus artículos, evidentemente cediendo a presiones del poder.

Zola publicó dos folletos que él mismo editó y, cuando estaba por publicar el tercero, Georges Clemenceau —quien sería premier francés entre 1906 y 1909— le ofreció las páginas de *L'Aurore*, un diario que se acababa de fundar. Allí publicó el 13 de enero de 1898 su célebre «J'accuse» y provocó la venta de 300.000 ejemplares. Fue el punto de inflexión.

El texto empezaba: «Yo acuso al teniente coronel Du Paty du Clam de haber sido el diabólico artífice del error judicial, quiero creer que por inconsciencia, y de haber defendido posteriormente su nefasta obra, a lo largo de tres años, mediante las más descabelladas y delictivas maquinaciones».

Y finalizaba: «Al lanzar estas acusaciones no ignoro que me expongo a que se me apliquen los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de julio de 1881, que castiga los delitos de difamación. Pero me arriesgo voluntariamente» (Zola, 1987).

Ese mismo día 13 de enero, la Cámara de Representantes (312 votos contra 122) le inició acciones judiciales, y el 21 de febrero Zola compareció ante un tribunal, donde habló en este tono:

Se les ha ordenado que me condenen en nombre del respeto por el ejército, acusándome de haberlo ultrajado. [...] Son abominables costumbres políticas que deshonran a una nación libre. Ya veremos señores si ustedes se disponen a obedecer esta orden. Pero no es cierto que yo esté aquí, ante ustedes, por voluntad de Monsieur Méline (premier) [...] Mi acto no tiene otro objetivo y mi persona no es nada, la sacrificio, pues me siento satisfecho de haber puesto en manos de ustedes no solo el honor del ejército, sino el honor ahora amenazado, de toda la nación. (Zola, 1987, pp. 100-101)

Dos días después fue condenado a un año de cárcel y a pagar una multa de 3.000 francos, pero las penas no llegaron a implementarse, y el 15 de junio, cayó el gobierno del primer ministro Méline. Le sucedió el premier Brisson, a quien Zola se dirigió el 16 de julio:

Para terminar, deje que me asombre otra vez al ver lo mezquinos que son todos ustedes. Comprendo que no haya entre ustedes nadie orgulloso, apasionado y enamorado de un ideal, que entregue su fortuna y su vida por el único placer de ser justo y que esté dispuesto a comprometerse a fin de que reluzca la verdad. Sin embargo, hombres ambiciosos sí los hay; es más, yo diría que solo hay hombres ambiciosos. Entonces ¿cómo es posible que de esta horda no surja al menos un ambicioso inteligente y despierto, audaz y fuerte, uno de esos ambiciosos de grandes miras, con una visión clara de las cosas, de manos largas, capaz de ver dónde se juega la verdadera partida y de jugarla valientemente? (Zola, 1987, pp. 119-120)

En su estrategia discursiva Zola utilizó medios de gran alcance como *Le Figaro*, fundado en 1826, y lectorado conservador, y también un medio pujante como *L'Aurore*, fundado en 1897, que debía ganar lectorado, como tribuna de la candidatura de Clemenceau.

En un momento discursivamente clave, Zola fija una de las bases del periodismo como contrapeso del poder: «¡Qué desgracia, señores! Tal vez ustedes, como tantos otros, estén esperando la chispa

provocadora, la prueba de la inocencia de Dreyfus, que caería del cielo como un trueno. La verdad no suele revelarse así, exige investigación e inteligencia» (Zola, 1998, p. 111).

La verdad no suele estar a flor de tierra. Y quién puede construirla y comunicarla sino la prensa, precisamente el eslabón débil de la estrategia de las elites francesas, dominadas por elementos antisemitas.

Zola murió asfixiado por emanaciones de gas de una chimenea, en 1902. «El capitán cuya dolorosa epopeya le cambió literalmente el devenir de su vida, no pudo asistir a su funeral. La rehabilitación final de Dreyfus, se confirmó recién en 1906» (Cyjón, 2014, p. 29).

Varias décadas después, en 1951, Hannah Arendt diría que el caso *Dreyfus* en su totalidad ofrece un primer destello del siglo xx. Podría agregarse que fue también el anuncio, la aparición de un nuevo freno para los abusos del poder.

Snowden: la denuncia en tiempos de smartphones

Edward Snowden, es un exfuncionario de la National Security Agency (NSA) de Estados Unidos, que en junio de 2013 liberó centenares de miles de archivos secretos, con datos que la institución había obtenido ilegítimamente sobre ciudadanos de su país y de otros países, incluso altos dirigentes y mandatarios. El caso reveló además, que al menos cuatro grandes compañías tecnológicas —Google, Facebook, Yahoo y Microsoft— participaron en la construcción del programa de espionaje masivo PRISM, en lo que fue el comienzo de un escándalo de proporciones cuyas consecuencias no han terminado de repercutir.

Algo había ocurrido entre fines del siglo xix y comienzos del siglo xxi, que otorga un marco diferente al caso *Snowden* respecto de *Dreyfus*. Mientras que Zola era una figura gravitante de la sociedad francesa —probablemente sin lo cual su estrategia discursiva no habría logrado los mismos resultados— Snowden era un desconocido en la sociedad norteamericana; un funcionario de segunda o tercera línea. Quizá en su anonimato residía su poder cismático; un inconfundible dato de época. Habíamos arribado, sin que quienes dirigían uno de los servicios de espionaje más sofisticados del mundo lo supieran, a los tiempos de la extrema viralidad de los contenidos. Un solo funcionario desarmaba en instantes la estructura de espías más costosa, solo porque comprendía mejor el mundo que sus jefes.

Claro que tenía convicciones y principios diferentes de los de sus jefes, y otra capacidad de compromiso y una diferente disposición acerca de cómo administrar y procesar los recursos en una sociedad democrática.



Foto: Luis Miguel Bugallo Sánchez,
vía Wikimedia Commons

La Agencia Nacional de Seguridad (NSA) pagó millones de dólares a grandes compañías de internet para cubrir el costo de su participación en el programa de espionaje masivo Prisma, según ha revelado el ingente material suministrado por el ex analista de inteligencia de esa agencia Edward Snowden al diario británico *The Guardian*. Estas empresas recibieron los fondos de la organización de espionaje para adaptarse a la sentencia dictada en octubre de 2011 por el Tribunal de Vigilancia de Inteligencia Exterior (FISA, en sus siglas inglesas), que actúa bajo la normativa de secretos oficiales. [...] La información del *Guardian* supone la primera prueba de la existencia de una relación económica entre empresas tecnológicas como Google, Yahoo, Microsoft y Facebook con la NSA en relación con la vigilancia masiva de las redes y teléfonos de los usuarios.

[...] Los documentos confirman, por tanto, que el dinero de los contribuyentes estadounidenses fue utilizado para cubrir el coste que supuso para los gigantes tecnológicos que colaboran con el Gobierno de Washington la sentencia del tribunal especial.

Las reacciones de las compañías afectadas han sido variadas. Microsoft ha declinado responder a las informaciones del diario, mientras que Google desmiente su cooperación con el programa Prisma y señala que espera que el Gobierno dé respuesta a su petición para poder publicar más datos sobre seguridad nacional. Facebook niega haber recibido cualquier compensación económica. Un portavoz de Yahoo subrayó a *The Guardian* que la ley federal exige al Gobierno el pago de los costes tras el fallo del FISA. (Tubella, 23.8.2013)

En esencia, bajo el pretexto de proteger a los ciudadanos de la amenaza terrorista —que era y sigue siendo muy real— una institución del Estado llegó al sinsentido de espiar en sus vidas privadas a los mismos ciudadanos que decía proteger.

La comparecencia del entonces editor del *Guardian*, Alan Rusbridger, ante el Parlamento británico es un capítulo aparte del caso *Snowden*.

¿Usted ama a este país?

Walter Oppenheimer calificó de macartismo —«la práctica de publicar acusaciones de deslealtad política o subversión sin atender debidamente a las pruebas»— a la actitud de algunos parlamentarios de la Comisión de Interior de la Cámara de los Comunes (Gran Bretaña), cuando interrogaron a quien entonces era el editor del *Guardian*, Alan Rusbridger.

En cierto momento del interrogatorio,

el presidente de la comisión, el incombustible diputado (más de un cuarto de siglo en la Cámara) laborista Keith Vaz puso una mirada de perro degollado y con la más suave de las voces le preguntó a Rusbridger: «Parte de las críticas contra usted y *The Guardian* han sido muy, muy personales. Usted y yo hemos nacido fuera de este país, pero yo amo este país. ¿Ama usted este país?» ¿Hay algo más macartista que insinuar que alguien hace algo políticamente significativo porque no es patriota?

El director del diario se quedó unos segundos descolocado antes de responder a tan inesperada pregunta. «Vivimos en una democracia y la gran mayoría de la gente que está trabajando en esta historia son británicos que tienen familia en este país, que aman este país. Estoy algo sorprendido de que me haga esta pregunta pero, sí, somos patriotas y una de las cosas en las que somos más patriotas es en la naturaleza de nuestra democracia, la naturaleza de una prensa libre y el hecho de que, en este país, uno puede discutir e informar de estas cosas», acabó respondiendo. (Oppenheimer, 9.12.2013)

Los sistemas políticos británico y estadounidense tienen muchos puntos en común y ambos países son estrechos aliados en el plano internacional. De hecho, nunca hubo una ruptura cultural entre ambos países, ni aun en la ruptura política de la independencia, en el siglo XVIII. Sin embargo, tienen profundas diferencias en el manejo de la relación entre la política y el periodismo.

Rusbridger lo puso de manifiesto: dijo que a diferencia de los ataques recibidos en Gran Bretaña, recibió mensajes del poder en los Estados Unidos, en los que se destaca «que en Washington se distingue muy bien entre lo que ha hecho Snowden y lo que hace un periodista con el material que le ha hecho llegar Snowden» (Oppenheimer, 9.12.2013).

Finalmente, el diario optó por destruir los discos duros, tal como exigía el Gobierno, a sabiendas de que ya habían sido copiados y que si la información no se podía dar desde Londres se daría desde cualquier otra parte del mundo.

No obstante, una prueba de que el problema continúa abierto lo constituye la resolución del Parlamento Europeo del 29 de octubre de 2015, más de dos años después de la detonación del escándalo, aprobada por estrecho margen (285 a 281) y no vinculante, pero que «urgía a las 28 naciones de la Unión Europea a reconocer a Edward J. Snowden como un “informante y un defensor internacional de los derechos humanos” y protegerlo de toda forma de persecución» (Kanter y Chan, 2015).

Morir en París, vivir en internet

Mientras que Zola captó la potencialidad de los diarios en pleno ascenso como divulgadores de información, Snowden utilizó su acceso privilegiado a información secreta y apeló a la versatilidad de las redes digitales para compartir archivos con los diarios: *The Guardian* y *The Washington Post* ganaron un Pulitzer en 2014 «por sus innovadoras coberturas de las actividades de vigilancia de la NSA».

Zola murió asfixiado presuntamente por encargo de los mismos poderes antisemitas a los que desenmascaró. Snowden tuvo virtualmente su muerte civil, prolongada en un equívoco exilio en Rusia, con un permiso de residencia válido por tres años. De hecho, cuando en un chat le preguntaron donde vive, respondió: en internet.

Ambos casos se sostuvieron en falacias a las que el rigor del debate condujo a desembocar en argumentos banales.

Toda falacia se desnuda fatalmente hasta revelar su esencia: el antisemitismo ramplón en el caso de Dreyfus-Zola, y el abuso de poder liso y llano en el caso Snowden-Rusbridger. En ambos se enfrentaron dos lógicas inconciliables: la del poder que intenta preservarse y la del periodismo que intenta cumplir el papel para el que está legitimado. En buen romance: el poder arbitrario se desnuda solo si hay quien lo desnude. La verdad nunca cae del cielo.

« El poder arbitrario se desnuda solo si hay quien lo desnude. La verdad nunca cae del cielo »

ID

Referencias

ARENDR, Hannah (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus. Edición original: *Origins of the totalitarianism*. Nueva York, 1951.

- BARRERA, Carlos (coord.) (2004). *Historia del periodismo universal*. Barcelona: Ariel.
- CASTELLS, Manuel (2011). *Comunicación y poder*, tercera reimpresión. Madrid: Alianza. Primera edición, 2009.
- CYJON, Roberto (2014). *El affaire Dreyfus*. Montevideo: Universidad ORT Uruguay.
- GRUBE, Norbert (2009). «¿Una “Nueva República”? El debate entre John Dewey y Walter Lippmann y su recepción en Alemania antes y después de la guerra», *Encuentros sobre Educación*, n.º 10, pp. 187-207.
- HERMIDA, Alfred et al. (2011). *The Active Recipient: Participatory Journalism Through the Lens of the Dewey-Lippmann Debate*. Austin: University of Texas.
- HERNANDO, Bernardino (2002). «El mito del cuarto poder en los tiempos de las torres gemelas», *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, n.º 8, pp. 43-62.
- KANTER, James, y CHAN, Sewell (29.10.2015). «European Parliament Urges Protection for Edward Snowden», *New York Times*, <http://www.nytimes.com/2015/10/30/world/europe/edward-snowden-nsa-whistleblower.html?_r=0>.
- MATTELART, Armand, y MATTELART, Michèle (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- MONTESQUIEU (1987). *Del espíritu de las leyes*. Barcelona: Tecnos. Título original: *De l'Esprit des Lois*, 1750.
- MCCOMBS, Maxwell (2006). *Estableciendo la agenda. El impacto de los medios en la opinión pública y en el conocimiento*. Barcelona: Paidós. Primera edición, 2004.
- OPENNHEIMER, Walter (9.12.2013). «La sombra de McCarthy planea sobre *The Guardian*», *El País*, Madrid. Disponible en: <http://internacional.elpais.com/internacional/2013/12/06/actualidad/1386353525_840455.html> [consulta: 24.2.2016].
- SOUZA, Jorge Pedro (2004). «Tobias Peucer: progenitor da Teoria do Jornalismo», *Estudos em Jornalismo e Mídia*, Florianópolis, vol. 1, n.º 2, pp. 31-47, enero. ISSN 1984-6924. Disponible en: <<https://periodicos.ufsc.br/index.php/jornalismo/article/view/2071/1813>>.
- THOMPSON, John (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós. Primera edición, 1997.
- TUBELLA, Patricia (23.8.2013). «La NSA pagó millones a los gigantes de Internet por colaborar con el espionaje», *El País*, Madrid. Disponible en: <http://internacional.elpais.com/internacional/2013/08/23/actualidad/1377272049_738995.html> [consulta: 24.2.2016].
- VERÓN, Eliseo (2011). *Papeles en el tiempo*. Buenos Aires: Paidós.
- ZOLA, Emile (1998). *Yo acuso, la verdad en marcha*. Barcelona: Tusquets. Primera edición: *J'accuse. La vérité en marche*. París, 1969.